Casa en Atemajac

Colección: Pedro Fernández Somellera Verea

M. Muñoz, 1884
Oleo/tela

Casa en Atemajac

La obra que se presenta en esta ocasión como "Pieza del mes" es producto de la dedicación de un artista mexicano del siglo pasado. En el lienzo logró plasmar la magnitud de una bella casa ubicada en Atemajac del Valle y su autor, M. Muñoz —quizá Manuel—, lo terminó en 1884.

El cuadro denota la influencia de la tradición paisajística europea y nos entrega toda una gama de posibilidades de lectura. Por una parte permite conocer una finca que tuvo características que le confirieron un papel especial: formó parte de un proyecto arquitectónico que incluyó una fábrica textil y un grupo de viviendas para sus trabajadores; en la zona donde fue construida no hubo otra que rivalizara con ella, pues su cuerpo recrea el Veneto, es decir, es una arquitectura híbrida entre la casa de ciudad y la villa campestre.

Si bien el protagonista de la obra es la edificación, la escena costumbrista que recrea, dentro de una composición axial aproximada, permite admirar momentos de esparcimiento cotidianos: el paseo a caballo, el cuidado de los infantes, el disfrute de la huerta, todo sustentado por los valores plásticos que el cuadro posee por sí mismo, ya que presenta detalles ejecutados con un verismo teñido de academia que permiten la reconstrucción fiel de la arquitectura del lugar y de la época, junto con las peculiaridades de la moda del momento y los cánones de la jardinería.

No hay detalle que pierda su autor: los vitrales de la puerta superior, el encaje y los pasalistones de los vestidos, lo elaborado de los peinados, el cuidado de las flores, la disposición de las macetas, el tamaño de los naranjos. Elementos todos que con seguridad no se dispusierón al azar, sino que formaban parte del universo familiar en el que cada objeto, cada pliegue, cada decisión eran importantes para el mayor disfrute.

Muñoz hace alarde, entonces, de su cualidad de observador, de la habilidad de su pincel, y logra convertir esta tela en una auténtica ventana al siglo pasado. Plantea además el disfrute de pequeños refinamientos. Por ejemplo, el retrato de Catalina, la mujer que aparece sentada entre los macetones; por sí sólo habla de un estado de ánimo, de una cuidada educación, de su carácter.

Observados con detenimiento, cada uno de los personajes ofrece lo suyo, inclusive las azucenas que aparecen del lado izquierdo. Toda esa profusión es manejada de tal manera que lejos de convertir el cuadro en algo recargado, le proporciona una particular placidez.

Por otro lado, durante la investigación se encontró una litografía en la cual aparece el primer propietario de la casa, don José Palomar y Rueda, mostrando los planos de la fábrica que se contruyó al lado. Este hecho, que representa una tradición iconográfica, permite una aproximación a la forma como fue concebida la industria en el siglo XIX, pues a falta de minas en la zona, la riqueza estaba sustentada en aquel sector.

Al precisar quiénes son los personajes de esta obra, se encontraron otras líneas de investigación que permiten tejer las historias de vida de los jaliscienses; fue así como se llegó a este hombre, José Palomar y Rueda, quien mandó construir entre 1841 y 1843 la Fábrica de Hilados y Tejidos de Atemajac, labor llevada a cabo por el ingeniero Newton, inglés que enamorado del clima y la hospitalidad tapatía sembró sus afectos y familia en la zona.

Adyacente, el industrial mandó levantar la casa representada en el cuado que nos ocupa. El fin era pasar con su familia temporadas en la zona para estar al cuidado de la fábrica, dado que Guadalajara se encontraba a una distancia que implicaba un viaje de horas en carretela. Las personas que aparecen en la escena son algunos de sus múltiples nietos, vástagos de su hijo Agustín Palomar y García-Sancho, quien pide a Muñoz que plasme la finca y a sus hijos, los hermanos Palomar y Corcuera, a saber: el jovencito a caballo es Jorge, quien murió en 1921; de pie, a su lado, se encuentra Dolores; sentada en la fuente y de vestido oscuro está Ana, considerada la mujer más bella de Guadalajara allá por 1900; la bebé de la carriola es Luz; la dama del extremo izquierdo es Catalina.

De esta casa en la actualidad apenas si queda una reja que da idea fugaz de sus características particulares; de los hermanos Palomar y Corcuera quedan cientos de descendientes, mas por fortuna ha sido posible detener el tiempo y conocerlos cuando estaban, edificio y gente, en su época de esplendor, gracias al genio del casi desconocido Muñoz.

Con esta exposición, el Instituto Cultural Cabañas retoma el proyecto denominado "Pieza del mes", que consiste en la presentación de obras que recrean aspectos de la vida cotidiana de los jaliscienses del siglo XIX. En esta ocasión se contó con la valiosa colaboración de Patrimonio Cultural de Occidente, A.C. y se agradece al señor Pedro Fernández Somellera Verea, quien generosamente facilitó el cuadro para su exhibición, y a su hijo Pedro por el apoyo brindado.

El rescate de este tipo de obras artísticas hace posible comprender un poco más el sentir y el quehacer de la población decimonónica, así como acercarse al conocimiento de sus diversiones, gustos y creencias, permitiéndonos recuperar la memoria de cómo fue la vida de los jaliscienses.

Agradecimientos a: Sandra López Benavides, Guillermo Urrea, Juan Palomar Verea, Javier Palomar Lever, Ma. Dolores Aldana
Investigación y texto: Gutierre Aceves Piña y Alana Gómez Gray
Museografía: Aldo Arellano y Agustín Maldonado
Fotografía: Rubén Orozco